

WALDO PÉREZ CINO
La isla y la tribu

bokeh * 

Primera edición en Bokeh, 2012 (Antwerpen: Bokeh)
Segunda edición en Bokeh, 2015 (Leiden: Bokeh)

© Waldo Pérez Cino, 2012, 2015
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2011
© Bokeh, 2012, 2015

ISBN: 978-94-91515-12-5

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LA ISLA Y LA TRIBU

Hay un deliquio
Entre dos lirios:
Si lago es patria
O patria la varia
Forma en el agua
Del pez al vidrio.

J Barbosa

Sobre ti: vengan a dar sobre ti los perros de la jauría, los muchos del hortelano; perreras de escritorio, más que de cetrerías, y menos de enjundio que de cazalibreros: los alientos del austromano. La isla, de nuevo, se recorta como una imagen impuesta sobre el horizonte. La otra muchacha, de nuevo, otea en vano el campo visual de su atalaya y siente haber, en tal ejercicio, imagen cierta de fe.

No lo creyeron primero, al desgraciado. Había venido caminando sobre los arrecifes, había burlado los desfiladeros del acantilado para darles la nueva: nadie quiso –ni el gil– creer las del fin del milenio de mar, *que habrían de ver*, dijeron, *con sus ojos el puente*. Se había alzado un puente de piedra y lava que unía la isla –decía el desguazado en sus pies– a tierra de promisión –y a (sobre todo) tierra extensa, perdida adentro sí misma.

Lavaron los pies del mensajero; lo agasajaron en medida de bienvenido, de Grato Advenido, y lo hicieron llevar –las dos veces en

andas— al Consejo. Todos oyeron el relato varias veces y los que no, de luego, relato de su relato, los varios dicen que dijo, la historia de que había dicho. No lo dejaron partir, pero no consiguieron tampoco dilucidar, con su retención, ni el contenido ni las intenciones —en palabras de concejal— de la visión referida.

El mensajero, carne trasegada, aceptó con resignación su destino. Hicieron para él (en homenaje que al tiempo era prisión) una cabaña, ni mejor ni peor que las otras, y no esperaron ni un año para que participase en las fiestas. En menos de ese plazo, tuvo ya mujer y un caballo de los de montaña, manso como cordero, y una obsesión recurrente —lo que había sido noticia o certeza, ahora ansiedad de calambre, cicatriz sobre sus plantas, visión de pitonisa: no era una isla la isla.

Cardúmenes de peces rumoreaban la orilla. El mensajero los veía ir y venir, seguía de vez en vez la mancha de plata. Se negaba a pescar tanto (de la misma manera) como negaba la intuición insular de los otros; una mujer tatuada de azul le llevaba los pescados que los hombres, entresacándolos a disgusto de su faena, destinaban al huésped.

Pronto bracearon juntos por las cercanías de la playa, y antes del año, se ha dicho, había palabreado el mensajero su amor, o lo había tomado a cuerpo, otra intuición desapareja del resto que los otros consentían conveniente: podía ser como ellos. Su asentimiento le convocaba una sensación extraña de gratitud; no entendían sus palabras y las aprobaban por eso, vueltas otras, devueltas a la corriente de los hábitos. Cuando nadaba junto a la mancha de peces se preguntó, en muchas tardes, si era ella parte de sus generosos interlocutores o parte ya de él, un apéndice de su propio asombro o del asombro de los otros; creyó —o más bien extrañó— que fuese ella una suerte de intermediario: la muchacha que le llevaba la cesta de pescados, el tributo de la isla al que se negaba a quererla isla, una devoción hospitalaria que se alimen-

taba de su callado –o, ya a éstas, tozudo– empeño de abstinencia y asombrada disensión.

El único forastero en la tribu era un griego de otra isla, náufrago único de su nave; como él, el único impoluto en su piel, sin los tatuajes en el color de la tribu. Una tarde conversaron al sol la paradoja de su distancia (aunque *disensión*, como *paradoja*, fuera entonces de las palabras del otro, y no entendiera él, ni por caso, la oscura trama de sus formulaciones). El griego vacilaba en nadar bajo el agua junto al rebaño marino, prefería –así le dijo– conversar las palabras (o sobre las palabras) de los hombres. Tuvo la impresión de que tuviera miedo, el náufrago; tal vez –se dijo– a su mismo pasado de naufragios (miedo a su memoria, más que a la zozobra repetida).

En cualquier caso, el mensajero aprendió de su charla que sus dudas entre sueño y memoria, sus veladas realidades, no eran una bruma privada, ni exclusiva lo menos: como aquella –por decir– de la isla que no lo era, del camino que creyó haber sabido que existía y de la vaguedad de otros vislumbres, como la sacra humanidad de los peces; el griego le hacía distingos que él, más que pensar con el otro, reconocía en sí mismo, aunque hay que decir que sin precisión alguna: era romo el círculo de sus sensaciones como romo a sus ojos, también, el discurso del otro.

No entendía por qué se entusiasmaba con sus preguntas, o con asentimientos que –sentía él– tenían más que ver con sus palabras que con lo que ellas nombrasen, porque ¿no hacía el náufrago piruetas, malabares en su verba como en el agua sus peces?

Ciego habría de ser para no verlo, ciego de castigo o de maldición. Pero conversaban en la arena, mecido el mensajero, más que otra cosa, por la música de las signos.

Y acaso –preguntaba el griego– ¿no lo mermaban a él por las palabras, por la premonición o el aviso del puente a tierra firme? Una tarde sin sol el mensajero ensayó un trato, o en justicia, una reparación: si él escuchaba su charla, ¿no debía, su amigo, acompañarlo a él bajo la mar? Muy otro –le dijo– era el rumor de los peces.

¿La voz del dios?

Sí, sí, la inefable voz de los dioses; ahora pienso que eso le hubiera dicho, pero la palabra *inefable* era también patrimonio del naufrago; debió sugerir algo parecido, con el mismo énfasis entusiasta de la afirmación –sí, sí– y la pausada grandeza de alguna cosa indecible, remota, llana de misterios.

En cualquier caso, el griego asintió.

Y la primera vez (como la segunda o la tercera), lo acompañó a profundo con miedo; podía notarlo en sus evoluciones más o menos torpes, en la ansiedad por tomar una bocanada de aire cuando él, pez entre los peces, paseaba aún sobre el fondo. Ya luego, más suelto, lo acompañaba un rato en la costa y subían después a las peñas: su propia distancia de la tribu lo era –comprendió al cabo– porque no pretendía serlo, porque –y en esto tenía que asentir– ni siquiera se sabía distancia, algo diferente o distinto o singular, algo que no pudiera ubicar ni decir ni maldecir en la misma lengua de todos. Aun así, no podía alcanzar lo que significase *inefable*.

El significado se le extendía como la planicie de la isla, casi toda a ras del mar. No había parcelación de los sitios –los *lugares*– en esa llanura continua de sentido; o más bien, jalonarla en puntos o fronteras de parcelada tribuna, en articulaciones cuyo perímetro no se excediera a sí propio no se le daba, de momento, en premoniciones; si algo parecido le trabajaba en el alma era la imagen (toda suya) del puente: una figura como de transvasado, de una cesta dentro de otra en un zoco de infinita cestería, pero sin delimitaciones visibles. Y aun así, tampoco hubiera podido explicárselo, al griego.

Trató de comentárselo, a su mujer: su persona era lo que no sabía que fuese, y cuando creyera saberlo, ya no lo sería; una carrera tras otra. Ella se rió y él con ella, y aprovechó cuando pudo para aclararle que se trataba –en eso, o en lo que fuere la cosa– de una *paradoja*. Habló también del murmullo del cardumen, llegándose a la orilla en silencio que él notaba rumor, del sentido vacío en su retorno a alta mar. Todavía trató un par de veces, tras visible fracaso, de imprimirle a la palabra el sabor, o el disfrute, que había leído

al oírlo de boca del otro, pero se perdió en la risa de ella –clara, otro distinto y sosegado murmullo– que leía, sí, de sus labios otro placer: carne trasegada y ofrecida, como ahora la suya, carne a hendir, para crecerse y aplacarse en delicias, cuyo único sentido trasegable también en palabras era un rico holgorio en posesiones; afincarse dentro suyo buscando –sin ninguna paradoja– la certeza de ser ella su hembra, tierra firme, llana, no isla perdida en alguna cayería; carne suya, la suya, la misma cosa cambiada o sucedida –diría mejor sucedida– entre dos.

Trató una tarde de remontar la costa en busca del puente, su istmo de lava y coralina. Hasta los niños sabían que no había volcán en la isla. Era imposible querer un territorio formado de lava, tanto como fuera absurdo creer que bastase, para contradecirlo, la estrechez de una isla que él decía que no lo era, no podía serlo: no había volcanes allí porque no era isla la isla.

De inicio, el griego se negó a acompañarlo. ¿Recordaba acaso el camino de vuelta? Tuvo que reconocer incluso que no podía, tampoco, explicar por qué se dijo el portador de una nueva; porque ser el mensajero implicaba serlo de alguien o algo, y no había en su memoria rastro de otra pertenencia, de otra ley o, más simplemente, de otro sitio. No era él de la tribu no por serlo de otra –como el griego, que hablaba a veces de Atenas, de una muchacha en el Cerámico, de su madre que lo despidió una mañana en el Pireo– sino por no serlo de ésta; el mensajero se negaba a aceptar –como insinuó su amigo– que no lo fuera de ninguna, pero fijó sus palabras, algo así como que la patria residía en la memoria, y él... ¿tendría alguna él?

Tenía sólo de la isla los dibujos en el cuerpo de Ariadna, o el cuerpo mismo, más allá o debajo de la piel o tal vez dentro suyo, el sabor de su carne y del agua.

Bailaba en ese abismo, entregado a compases cada vez más sutiles. No tenía ni de la una ni de la otra, nada de ninguna, no poseía los fragmentos del griego, ni memoria ni patria que habitase alguna memoria, o viceversa. Pero, ¿recordaba tan sólo, siquiera fuese en

atisbos, el rostro del que le dijo Toma, ve, llévalas contigo la nueva? No. No había memoria del puente, sino vaticinio, ausencia, auspicio de Casandra: ¿no les auguraba eso él en su promesa, justo lo que no sabía? Aquellas palabras que no entendía, Goce cada cual su desmedro, su propio paisaje de estarse: tierra llana recorrida y en el fondo, allá en el fondo –suma lontananza–, la isla.

El mensajero echó atrás la cabeza y se cruzó de brazos; luego se sacudió (como si se despezara) y volvió a sentarse en los bancos de piedra, buscando en un gesto la memoria –o, más básicamente, la entidad memoriosa que pudiera ser, o fingir; repitió esos gestos sin hacerlos visibles, como un conjuro que le restaurase la potestad del recuerdo, o la claridad de ser él el que fuese. Goza cada cual su propio ademán de afincarse, de tomar aire antes de sumergirse de nuevo; él no quiso mostrarse la distorsión del que casi se ahoga –y sale, lo ciega la luz, distiende los músculos, toma el aire abriendo las fauces como quien fuera a morderlo–; se estaba buscando más bien su sosiego, la despreocupada armonía del que figura un amago inconsciente y, de esa soltura, trabado a profundo en el alma.

Pues qué mejor memoria –pensó o pudo hacerlo–, cuál patria más querida que la naturalidad de los gestos.

Su gesto, entonces, no estaba fingiendo, no estaba mintiendo nada –ni siquiera ante sí mismo–, ni mintiendo a nadie ni podía, tampoco, él creerlo o descreerlo, bañarlo de duda. A todo lo demás sí, pero no al gesto ni lo que fuera él en el instante del gesto.

Sin embargo, ni Ariadna ni el griego reconocerían en esa serie de estiramientos y poses otra cosa que no fuesen ademanes, teatrales tal vez y con algo ritual –si fallara ante ellos su conjuro–, o a lo mejor (en un mundo perfecto y posible, sin isla flagrante) vistos como innatos, recuerdo (porque no le concederían esa palabra, *memoria*, que sólo asociaban al alma) físico del cuerpo, dislate repetido de sola la máquina de carne.

Sonrió: bien podía discernir que por distintas razones, tanto (a tal punto) que por qué llamarlo con la misma palabra, *razón* o

motivo o más de lo mismo, distinto motor en una y el otro; ella porque sus gestos eran más de fondo, cosa sólo del cuerpo y del deseo o el hastío, y no del alma; el griego, porque los rebajaría a lo no mensurable, al sentido inefable no por exceso de plenitudes sino por defecto de substancia: lo que ni siquiera llegaba al ser, se quedaba –¿permanecía?– como una de sus migajas o un síntoma, inequívoco, de la nada.

Los del Consejo no tendrían por qué aprobar la partida. El mensajero –dijo alguien en el foro– pertenecía a la isla y en consecuencia a la tribu; no había que mermarlas, ni a una ni a otra, consintiendo su ida. No tenía por qué llevar él (arrastrar él consigo) de ellas algo: Nada de ninguna. El griego conocía mejor que ellos la retórica, otra palabra que él tampoco entendía, y arguyó en su favor que consentirle la ida era la única forma de convenirle su vuelta: el inmejorable argumento de que no hay retorno sin viaje recorrió al auditorio, un susurro con peso de plomo. No había, sin embargo, por qué perorar –ripostó a consciencia el más viejo– en un sentido o el otro: era evidente que quien entendiera marcharse debía hacerlo, pero ¿cómo salvarlo de error? Ahora tronitronó, el viejo elevaba la voz y el graderío se sintió aliviado del peso plúmbeo, el volumen de la voz gangosa le aligeraba su carga: Hace un año llegó, no le pedimos marcharse; ha participado en las fiestas, una hija de la tribu caliente su lecho, cabalga –a veces con ella– una yegua de raza buena, montañesa, y sus palabras se escuchan aunque no sepamos qué dicen ni lleve en su piel los trazos del dios. A eso seguía un cúmulo de agradecimientos, de entusiasmos y pertenencias dispersas, de, al fin y al cabo, anclajes de varia índole; el mensajero no supo qué contestar o qué pensar y por un momento –un segundo de prisa– asintió con los otros.

A la vera del griego los peces rumoreaban en la orilla, ya cardumen de escritorio, idos y vueltos en pleamar; bogaba, la tropilla de plata, más en recuerdo de frecuentaciones que como lo fue,

hace años, rebaño del mensajero, o como también le nombraba la leyenda, del llagado en sus pies. El griego levantaba el estilo, lo detenía un breve lapso y venía, de vuelta, a aplicar de nuevo los signos sobre la tablilla encerada. Ariadna le servía el mismo vino, a la orilla del mismo mar. Entonces el hombre en la costa suspendió de nuevo el estilo porque se demoraba en un párrafo –una indagación o una duda, un titubeo de la letra– sobre la identidad de esas aguas, y en consecuencia, sobre la identidad del mensajero: sospechaba que fuera –escribió– ya Algo distinto o más singular, cuya mismidad –paladeó el neologismo– no podría ya ni ubicar ni decir ni nombrar ni, venido el caso, maldecir en mi lengua; hacía mucho tiempo que los peces no acudían a la orilla, que sus hijas no perseguían a su madre en las olas y que Ariadna –¿la misma?– no lo dejaba solo para irse a otear el horizonte desde la atalaya de piedra (durante aquellos días, tan negro su curso, en que bien supo cuánto murmuraba la tribu; una vez habían puesto en su mano un cuchillo de bronce que él nunca usó, porque tampoco precisó para derramar cuál sangre, si la suya o la de ella, y lo arrojó contra el mar desde el peñón de la higuera).

Las niñas habían ido dejando de serlo y eran –o había que fingir que lo eran– las mismas, como la mujer que escancia el vino, o él que ahora escribe en la lengua que los otros ignoran, el mar ya sin peces o por lo menos sin esos que se arrimaban en mancha a la playa; y todo ello sin sobresaltos, si el único (este mismo y extraño exabrupto) era el suyo, y él el que ahora dudaba: perreras de escritorio, fantasma y malabar de la letra, que convertía en trazos sobre la tabla y que tal vez inventaba –o reinventaba de nuevo– esa identidad depauperada de su entorno y la isla. El mensajero –al fin retomaba su hilo– lo fue porque dijo que no era isla la isla. El mensajero –qué hilo habría, pues, para retomarlo en ninguno– podía regresar, podría tenerlo un día frente a su cara y podría –temió el griego, pero sin pensar ya en la leyenda de la vuelta– reclamarle a su mujer y tal vez a sus niñas. Era un miedo íntimo, privado, que no la consideración legendaria. He vivido –pensó y no escribió–,

de resultas que he vivido la vida de otro. Y finalmente estampó, de su letra y en lengua que no penetraban aquellos, que ese miedo era un miedo vulgar, que en el trastrueque de vidas quién —a certeza— vendría a decir cuál fuera la suya.

Que goce cada cual su desmedro —y su desmadre—, su paisaje propio de estarse y la tierra: llana, recorrida, y allá, fin del mundo, la isla: el hombre caminaba con los pies en el lodo, con los pies perdidos hasta las rodillas en un fanguero de purificación, del que no sabe qué debe agradecer en materia de sosiego, de cura mágica de unos pies llagados; a cada tanto que se allegaba a la isla tenía visiones imprecisas de borrón, pasado disperso pero, a diferencia del peñón que emergía de las aguas, ilocalizable, sin términos ni linde referida o visible, sin nada que precisar en atisbos.

Pero nunca el griego —como nadie de sí— podría contar su propia historia, o no por lo menos sin las insistencias de rigor, sin el ámbito recurrente y los rasgos apócrifos y los procesados deseos de cualquier biografía de sí propio: no sabría, tampoco, parcelar debidamente su identidad.

La sombra del hombre que camina sobre el lodo, bien sabe, no tiene que afectarlo: primero que otra cosa, el griego sabe quién no es, sabe que el otro no es él aunque pudiera, sin embargo, él servirse de una imagen —pecadillo de metáfora—, y decir que ha vivido su vida; sería siempre la de otro, aun al decir que fue la que vivimos. En otra parte, zona más oscura u oculta, o menos a la mano, la nuestra: ni en la usurpación ni en su agente, que resulta ya un tercero —y pudiera, si así, perderse en apotegmas. Otra oscura aserción en la que no hay vida sin vida, ni siquiera la propia.

Otro territorio, en cambio, parcela más doméstica, es el del cuerpo. Ni el uno ni el otro tenían los tatuajes de la tribu, una coincidencia de fácil explicación pero delicada de explicar a la grey, que podría celebrar en su piel impoluta la apoteosis de la común excepción; Ariadna sí, poblada de la aguja, tenía los motivos que

le identificasen la patria en el orbe cutáneo, análogo y común, de las mujeres de la tribu.

La veía nadar, desnuda, poblada de azul, pez entre los peces de la tropilla de plata. Lo primero que lo unió al mensajero fue ese paseo submarino y gozoso, consintió, el griego, a zambullirse en esas aguas por mor de su amistad, o de lo que debía ser uno de los atributos de la amistad: solidaridad de permuta. A cambio, él le exponía las doctrinas de Elea, conversaban –como decía entonces, ahora visto bajo niebla de años– las palabras de los hombres. No había nada que mentir en ese trato, si (como ya lo dudaba) lo fuera: convenio, acuerdo de guerra o paz, balanza de lo justo. Ahora, el cuerpo distinto de Ariadna le guardaba todos sus misterios, y entre ellos, el del pacto de antaño. También la veía entonces, desnuda, nadar junto al otro.

¿No era él, el náufrago, quien se cuidaba de pactar y despedirse, de defender y de querer, de recordar –en su lengua diferente y distinta– la figura del ido? ¿O era en verdad la del otro? Una vocecilla le preguntaba, lo emplazaba, responderse o responderle a Ariadna... ¿y si fuera la suya, y si el Mensajero fuese una de las formas del Náufrago? La isla se ha ido mermando. De jóvenes, o en aquella época que no era ésta porque la juventud es imprecisa, poco delimitable a sus efectos, jugaban a pensarla como un inmenso anfiteatro. Podrían tallar asientos en la ladera que en la tribu llamaban las montañas, hubiera podido (sí, un dios; o tal vez, coro plural, la inefable voz de los dioses) labrar un inmenso graderío en la caliza descendente, armar un espectáculo que se desarrollase en la arena, en su cabaña –¿o era la del otro?–: la isla, le gustaba pensarlo, como el teatro de Atenas –y le gustaba, sobre todo, poder o tratar de explicarles al mensajero y a su mujer (que era ahora la suya) qué cosa fuese teatro, qué la escena, la voz tronitronante de los actores y el favor o desfavor del público... Ariadna, a veces, conseguía entenderlo: se apoyaba de codos en el muro y seguía su verba como en el agua a los peces, y un destello de su ojo era como de asentimiento del mensajero, intuición o vislumbre, cosa mística:

—Sí, sí, la voz del dios: la inefable voz del dios.

Trató, pero no recordaba obra ninguna del teatro de Atenas. Recordaba, sí, el barullo, su mano en la mano de su padre, se recordaba guiado entre las gradas y mareado por el olor del vino y la comida. Si alguien se tatuaba sería cosa de bárbaros, no de gente, pero igual que en su recuerdo —o también como un recuerdo— podía sentir que *bárbaro* era de las palabras del griego (como *teatro* o *inefable* o *paradoja*), y que la carne marcada que había visto envejecer y cuya tersura había gozado no era ya un rapto de carne deseada, un vaivén y luego un repeluz del deseo, sino su propio paisaje de estarse, desmedro y desmadre, destete, olvido y a un tiempo memoria de tierra llana, recorrida, extensa como nunca la isla —¿cuál isla?— podría ya serlo entre todos.

Ya no podría sentirse —lamentó en lo profundo— el biografiado.

No había historia que hacer, o palabras para su historia. Jauría de cazalibreros, perreras de escritorio, los perros de Acteón no eran de la diosa sino del hortelano: menos un castigo que una frase, sin hilos visibles, con origen disperso como la patria en la memoria perdida —o viceversa—, sin auténticas palabras.

La tribu, por su parte, auscultó el retorno en síntomas tan menudos como visibles: primero, el rumor del cardumen de plata en la orilla que imaginaban ellos la escena; espectadores de buena ley, los chiquillos llevaron y trajeron la noticia y —al fin— el Consejo la creyó, la dio por buena, resucitaron al llagado en sus pies e hicieron lo que nunca: no hubo tatuaje de mayores en las fiestas de otoño. Los que habían puesto en su mano el cuchillo de bronce fueron a por él, y convirtieron en augurio la noticia de que lo había echado al mar, revés en victoria: la mancha de peces era (entendieron) reflejo o lauro —corona— de su gesto de triunfo. Era él, también, el otro impoluto; se dispuso levantar la atalaya en la costa y esas dos muchachas grandes, sus hijas, otearon el horizonte sin puente, la mar de una isla que por la profecía no debía ya serlo y que, por eso, debía cobijar bajo sí el terraplén que la fundiese —sólo una, una y la

misma tierra confundida en las dos— al macizo continental, no por inescrutable menos digno, ni de fe, ni de ínclitas pertenencias.

Perreras de escritorio —si lo digo— las de Acteón.

En verdad, él no estaba fingiendo. El griego recordó un gesto, maroma de despedida, algo sobre Qué patria más íntima que la naturalidad de los gestos. Pues eso: qué arma mejor en la batalla del Consejo —aquella en pro de despedida y beneplácito— que el gesto alargado, sereno, obligatoriamente inconsciente para ser el ademán que debía. Ya él no podría vivir de nuevo un gesto sin pensarse, fluir en la pura naturalidad de los signos. ¿No era eso lo que lo separaba del Mensajero?

—No, porque el mensajero no existe.

A fin de cuentas, podía temer esa respuesta como cualquier otro en la tribu —cuyo principio resultaba aquel mismo del Mensaje, aquel de No es isla la isla—. Podía pensarse, pero bien sabía que no formularse: menos ahora, en este camino sobre el lodo y la mar, milagro sobre milagro del retorno; las dos muchachas de la atalaya (las hijas del griego) correrían hacia el Advenido, sobre el otro cuya vida era suya —a estas alturas, ya confundían las personas, la propiedad de los rasgos— y celebrarían probablemente su vuelta, algazara de chillidos y enjundia del reconocimiento, la miga misma de este pan compartido en prodigios; pensó (el griego) que recabaría un final presto la pantomima, tan poco probable ritual de los júbilos.

Sí, y bien lo supo: sería todo coincidencia en buen concierto, menos la palma del júbilo: no sólo habría que reconocer al Mensajero, sino el mensajero a la isla (a la tribu, a su pasado, a sí mismo en el terreno sin patria o sin memoria de la naturalidad del que fuese —del que *ahora* fuese—); hay poco que extrañar en el que, puestos en multitud, prestancia a aplauso, esperen fijamente en la plaza escenario, en la explanada larga de la costa, el arribo del suyo, víspera de profecía.

Ariadna se escurre entre la gente, placer de mirarlo sin ser vista. El griego (si es que el griego sí existe, como ya va pensando) pasea entre las filas de los tatuados con la vista gacha, distante. A distancia –respetos que vale– la atalaya en la costa, distante como sospecha la suya, o como la desmemoria del otro. La solemnidad de la ocasión trae a memoria la mancha de plata, el catecismo del otro que oyeron o saben si no de testigos por el relato de aquel relato, por los varios dicen que ha dicho.

Y entonces –aplauso–, sale, emerge de aguas, a luz del día y colectiva vista de congregados en la playa, no tiene odios ni miedos el griego cuando constata, de un golpe de acierto, la mirada perdida: forastero de otra isla que no sabe, portador –sin más– de la nueva, que un puente dizque de coral y lava negra, que no es isla la isla, que ha venido sólo por guiarles a la Tierra Prometida –extensa y llana, profunda, no circundada de mares– y el desconcierto de todos... Sin rencores, hermano –venga–, un abrazo de fe.

Ay, pero si toda Tierra Prometida ha de serlo sembrada en reconocimiento, si toda Tierra Prometida fue antes (o ha de serlo) Tierra Reconocida, identificada en memoria o en promesa, futuro de antemano visible (y el otro, el Mensajero, que aún no sabe que *paradoja* sea una de las palabras del griego). Qué esperar, qué otra cosa, si no el Milagro del Reconocimiento, la devolución del favor de la identidad –toda identidad, contractual, ancla de reciprocidades– y la muchedumbre (entonces) se turba cuando el de los pies sanados pasea la mirada perdida en el tumulto, insiste en convocarles al éxodo, no se alegra o se enoja por, de nuevo, estar aquí –*estar aquí*, o *estar lejos*, la premisa de oro de la patria, o la memoria– y se yerque o se estira, como subiendo los hombros, sólo gesto o ademán cuando la muchedumbre espera su palabra, las marcas o los signos de ser él el que fuese.

En verdad, él no estaba fingiendo. Hacía años de la partida, de aquella peroración de gloria en el Consejo, tiempo y lugares de afincarse y de perderse y barro milagroso, del puente reencontrado –si lo había–, de otras islas y, tal vez, otras tribus. No hay ficción

en que no sea aquel que fue, Como en la imagen de las aguas del río –piensa ahora– y se adelanta, el griego, hasta el otro, bien sabido su papel: He vuelto –proclama–, de nuevo estoy en el sitio de antes, con estas manos levanté mi cabaña, no traicioné la confianza del Consejo. Ariadna corre, lo abraza, lo besa, un rugido de aplauso en mil voces recorre la isla (o lo que ahora sea esta tierra emocionada, vibrante, conmovida).

El Mensajero –sienten– ya no existe, su presencia es precaria, y más pronto que tarde se volverá inadvertida, un fantasma devuelto a la corriente de los hábitos, algo demasiado diferente o distinto, singular para, venido el caso, maldecirlo o gloriarlo en lengua de todos o de nadie –o en la lengua del griego, que va a morir con él–; nadie dice lo que todos sospechan, duda de ninguno. En unos días, pues eso, volver a lo de siempre –y es más grande la patria–.

Las niñas, en la piel del Advenido, dibujan los trazos ya sabidos de la tribu, juegan a veces con él a pintarse los cuerpos. En la cabaña de la costa, patria de tres, Ariadna nada con torpeza bajo el mar, acompaña o sigue y casi siempre pierde al final el cardumen de peces. Un día ya no vuelve, patria remordida o mermada, y el griego entonces la recuerda en su lengua, la escribe y la recorre y la trae de vuelta sobre la tablilla encerada que siempre es la misma, y de tanto en tanto, borrada para retornarla a su letra. *Ah, perreras de escritorio* –se remuerde el viejo, alternando las lenguas–, y otean como siempre, remontando alaridos, mínimos chillidos de un júbilo idéntico, sus hijas la playa.